

*Material 1: Una realidad a
Evangelizar*

Una realidad a evangelizar

1º El contexto social y eclesial en el que hemos de realizar nuestra misión.

2º Retos fundamentales a los que hemos de intentar responder.

Presentación

Este documento responde al primero de los pasos que establecimos en la convocatoria de la XII Asamblea General al concretar los contenidos a abordar en nuestra Asamblea: realizar una reflexión sobre lo que significa para la HOAC la confluencia entre el problema antropológico y el problema de los empobrecidos, que desde nuestro punto de vista es lo más característico de lo que hoy está ocurriendo en el mundo obrero.

Con la reflexión realizada hemos querido lograr dos objetivos:

- a) Profundizar en la conciencia común del contexto en el que hoy y de cara al futuro tenemos que realizar nuestra misión evangelizadora.
- b) Pero, sobre todo, compartir y precisar los retos que esto nos plantea a la HOAC.

Y para ello hemos dialogado comunitariamente la respuesta a dos preguntas:

1ª.- ¿Qué elementos del actual contexto social y eclesial creemos que son especialmente importantes para nuestra vida y misión evangelizadora en el mundo obrero?

2ª.- ¿Qué retos fundamentales nos plantea a la HOAC ese contexto?

Hemos intentado mirar y comprender lo que ocurre en la realidad de nuestro mundo obrero. Y, sobre todo, descubrir lo que esto significa para nosotros, movimiento apostólico llamado a ser testigo de la vida nueva de Jesucristo en la realidad obrera. Hemos procurado mirar con la inteligencia que Dios nos ha dado para comprender lo que ocurre en la realidad, pero también con la sensibilidad propia de un corazón que quiere mirar la realidad con los sentimientos de profunda humanidad y misericordia de Jesucristo.

La realidad sobre la que hemos reflexionado es compleja. Pero esa complejidad no está reñida con la brevedad en la exposición de las conclusiones de nuestra mirada. No pretendemos hablar de todo ni decirlo todo, tan solo exponer las conclusiones de nuestra reflexión compartidas en el Pleno General de Representantes a partir de la propuesta que todos dialogamos en las Asambleas Diocesanas.

1ª Parte. El contexto social y eclesial en el que hemos de realizar nuestra misión evangelizadora

Para describir lo que en nuestra opinión son los rasgos más destacados del contexto social y eclesial en el que hoy y de cara al futuro hemos de configurar nuestra existencia desde Jesucristo y realizar nuestra misión, vamos a dar seis pasos:

1º.- Vivimos en una sociedad en la que se ha debilitado profundamente la lucha por la justicia y en la que se considera poco relevante lo que ocurre en el mundo obrero y del trabajo.

2º.- Una sociedad de la que se ha enseñoreado una forma de organizar la vida social, la capitalista.

3º.- Que genera, entre otras cosas, una situación de sufrimiento y deshumanización en el mundo obrero y del trabajo.

4º.- Así como una profunda debilidad y deformación de lo político como instrumento para construir vida social a la medida del ser humano.

5º.- Pero, sobre todo, una cultura que genera una imagen deformada del ser humano.

6º.- La Iglesia, por las dificultades que genera este contexto social, especialmente la cultura en él dominante, y por los propios errores e incoherencias, no estamos sabiendo responder evangélicamente a esta situación.

1º.- Justicia, empobrecidos y mundo obrero

En nuestra sociedad no existe una clara conciencia del escándalo que representa la pobreza en nuestro mundo. Por lo general, sabemos que existen pobres, incluso muchos, pero no somos realmente conscientes de lo que este hecho significa. Vivimos en un mundo con recursos económicos, científicos, técnicos... más que sobrados para que todas las personas pudiéramos vivir con lo suficiente para tener una existencia digna y, sin embargo, esto está muy lejos de ser así. Y no existe una conciencia social generalizada de que se trata de un radical problema de injusticia. Injusticia en el conjunto del planeta e injusticia en cada uno de los países, incluidos los ricos donde también abundan los empobrecidos.

En sociedades ricas como la nuestra incluso podríamos decir que existe una notable indiferencia social ante ese hecho de la pobreza. Vivimos como si no existiera. Incluso los pobres molestan e incomodan. Predomina la convicción social de que el crecimiento económico resolverá por sí mismo las necesidades de la sociedad y no nos damos cuenta de que un enorme crecimiento económico como el de las últimas décadas no ha representado nada para resolver el problema de la pobreza. De hecho, falta en el conjunto

de nuestra sociedad una real conciencia de lo que significa la existencia de una multitud de empobrecidos en nuestro mundo, de la radical injusticia y falta de humanidad que esto representa, y de la relación que existe entre el enriquecimiento de unos y el empobrecimiento de otros en nuestro mundo globalizado.

Así, socialmente, el objetivo de buscar justicia para todos, que sólo puede construirse en la medida en que se busca expresamente y cuando orienta las actuaciones sociales y personales, se ha ido debilitando cada vez más y ha sido sustituido por el objetivo del bienestar asentado sobre un crecimiento económico permanente, y por la búsqueda de la afirmación de derechos individuales de todo tipo, con muy escasa conciencia de las responsabilidades hacia los demás, especialmente hacia los empobrecidos, y hacia el bien común. Por eso mismo tampoco somos realmente conscientes de lo que representa el problema ecológico para las futuras generaciones ni tampoco lo entendemos como el problema de justicia que es (1).

Este debilitamiento o pérdida de la perspectiva de la justicia no significa que no existan personas y organizaciones que luchan con toda generosidad, solidaridad y entrega por y con los empobrecidos (2). Lo que significa es que socialmente no se cuestionan las causas de ese empobrecimiento, se da por bueno el sistema social y la forma de vida que lo genera y lo sostiene. Con ello se hace mucho más difícil acabar con él, ir más allá de combatir sus manifestaciones más extremas e, incluso, verlo como el problema social que es.

Algo parecido a lo que ha pasado con la justicia ha ocurrido con el mundo obrero. En otro tiempo existía una, al menos, relativa conciencia social de la estrecha relación entre mundo obrero y empobrecidos, entre la forma en que se organiza el trabajo, las condiciones laborales, y la dependencia y pobreza de muchos trabajadores. Por eso lo que ocurría en el mundo obrero se consideraba muy importante socialmente. Hoy no es así. Esa conciencia social ha desaparecido, incluso en el seno del mundo obrero y del trabajo.

La conciencia social que hoy predomina no ve en absoluto la relación entre trabajo y empobrecimiento, y no percibe tampoco la situación del mundo obrero como un problema social importante. Es más, tiende a considerar los problemas del mundo obrero y del trabajo como algo superado, más bien propio del pasado. Un ejemplo de esta carencia de conciencia social sobre los problemas del mundo obrero es lo que está ocurriendo con los accidentes laborales. Un problema tan extraordinariamente grave, con tantos muertos, inválidos y familias destrozadas cada año, apenas tiene lugar en la conciencia social, es como si no existiera. Seguramente porque se percibe más como una fatalidad, algo inevitable, que como lo que es, una realidad vinculada a las condiciones laborales. Lo mismo ocurre con otras muchas situaciones del mundo obrero.

Es conciencia social generalizada que lo que ocurre en el mundo obrero y del trabajo es lo normal y que es necesario aceptarlo como lo que hay. Para corregir las situaciones más desfavorables a los trabajadores ya están la acción de los gobiernos y de los sindicatos. Más allá de esto no se cuestionan las causas de una situación laboral que se

considera la normal para el mundo de hoy. Entre los propios trabajadores, aún cuando existe una situación de malestar, lo más extendido es la resignación ante lo que hay.

Estos dos problemas, el debilitamiento de la justicia y de la conciencia de la importancia de la situación del mundo obrero, están estrechamente relacionados. En nuestra opinión son dos manifestaciones del hecho de que el capitalismo se ha hecho dueño y señor de la vida social. Hemos querido destacarlos al principio porque nos parece que tienen una gran importancia para vivir el proyecto de realización humana que Cristo nos ofrece para la tarea evangelizadora en el mundo obrero.

2º.- El capitalismo se ha enseñoreado de la vida social

Desde nuestro punto de vista, un elemento esencial del actual contexto social es que el capitalismo ha logrado dominar en gran medida la vida social, extendiendo su lógica individualista y economicista al conjunto de la vida social y colonizando cada vez más esferas de la vida de las personas.

El capitalismo es una forma de entender y organizar la economía, un sistema económico. Pero, por su propia naturaleza, para poder funcionar necesita ser mucho más que eso. Necesita el crecimiento continuo y sin límites de la economía para generar beneficios económicos siempre crecientes. Porque el lucro particular es su motor (en la creencia de que lo que mueve al ser humano y dinamiza la vida social es la búsqueda por cada uno de su propio interés, el egoísmo individual). Y para ello necesita estar constantemente eliminando los obstáculos que se opongan a la competencia entre unos y otros en la búsqueda permanente del mayor beneficio económico posible. Por eso el capitalismo tiende a convertirlo todo en mercancías de las que se puede obtener un beneficio (las cosas, pero también el trabajo, las relaciones, la naturaleza...). Y su pretensión permanente es situar la lógica economicista del beneficio en el centro de la vida social, haciendo que todo gire a su alrededor y no permitiendo que la rentabilidad económica sea subordinada a otros fines sociales, la justicia por ejemplo.

Esa es la lógica que ha caracterizado al capitalismo desde sus orígenes hasta hoy. Pero como esa lógica de convertirlo todo en mercancía es destructiva para la vida (porque hay realidades que cuando se convierten en mercancías se destruyen, como es el caso del trabajo y de la naturaleza), los seres humanos se han resistido socialmente a esa extensión de la lógica economicista. El resultado de esa resistencia ha sido la conquista de espacios de no mercantilización de la vida social, para que las personas no se vieran a merced de la lógica de la competencia por el beneficio. Estos diques de contención de la marea de la lógica economicista han sido los derechos laborales, sociales, políticos... de las personas,

y los servicios públicos, las prestaciones sociales, la regulación de la economía por el Estado, etc. Pero esos derechos, prestaciones, regulación... se convierten para la lógica economicista en costes que es necesario reducir para que no limiten el crecimiento de los

beneficios económicos privados. Y, por eso, la lógica economicista busca formas de reducirlos lo más posible. De hecho, es la tendencia que ha predominado en las últimas décadas de la mano del neoliberalismo: para incrementar los beneficios económicos particulares se han debilitado esos diques de contención de la lógica economicista. Es lo que se expresa habitualmente con palabras como “liberalizar” o “flexibilizar” la economía, pero que en realidad significa su desregulación, la eliminación de normas, regulaciones, límites... Esta desregulación tiene como consecuencia la desestructuración de la vida de las personas y su subordinación a los intereses económicos.

La actual crisis económica es un ejemplo de lo que esto significa. Por una parte, es consecuencia de la desregulación de la economía. Por otra, muestra los peores efectos del sometimiento de la vida de las personas a los criterios económicos, porque golpea especialmente a aquellos sectores del mundo obrero y del trabajo a los que la desregulación ha situado en una posición de mayor debilidad y vulnerabilidad (3).

Esta desestructuración de la vida de las personas incide tanto en su dimensión personal como en su dimensión social. Así, por ejemplo, cada vez resulta más difícil organizarse y mantener una participación activa en la vida social. Cuando no lo dificulta la falta de conciencia ante la realidad, lo dificulta la falta de tiempo y disponibilidad provocados por la aceleración de los ritmos de vida, las largas jornadas laborales, la inestabilidad en el trabajo, la flexibilidad impuesta, la dispersión geográfica y familiar, la alta exigencia de hoy para la educación de los niños y la atención a los mayores... Un sistema social que desestructura la vida de las personas hasta el punto de dificultar tanto sus posibilidades de actividad social, política y eclesial, es un sistema tremendamente empobrecedor y deshumanizador.

Así, el capitalismo y su lógica economicista ha avanzado en dominio de la vida social a través del debilitamiento de objetivos sociales a los que debería someterse la economía. Pero, sobre todo, a través de la extensión de unas formas de vida basadas en la producción y el consumo, y, más aún, a través de la extensión de una cultura (una forma de sentir, pensar y actuar aceptada socialmente como la normal y natural para el ser humano) individualista, hedonista, productivista y consumista. El capitalismo se ha afianzado como sistema social, forma de vida y sistema cultural. A ello volveremos después porque creemos que es esencial para entender bien el contexto social actual y lo que representa para la vida de las personas, para configurar nuestra vida desde Jesucristo y para la misión evangelizadora de la Iglesia.

3º.- Sufrimiento y deshumanización en el mundo obrero y del trabajo

A pesar de que en la conciencia social generalizada se considera poco relevante lo que ocurre en el mundo obrero y del trabajo, este dominio de la vida social por el sistema de producción y consumo está generando situaciones de un gran sufrimiento y

deshumanización en amplios sectores del mundo obrero y del trabajo, y configurando un modelo de vida social en el que se extienden la explotación de las personas, la inseguridad social, la dependencia, el empobrecimiento y la deshumanización.

Esta situación tiene diversas manifestaciones:

- a) El modelo de la estabilidad laboral con un cierto grado de seguridad vital de los trabajadores y sus familias y con un cierto reconocimiento práctico de derechos laborales, está siendo sustituido por el modelo de la flexibilidad y la precariedad laboral que genera inseguridad en el empleo y debilita radicalmente el ejercicio de los derechos en el trabajo. A medida que se extiende y consolida el modelo de la flexibilidad y la precariedad laboral, las condiciones de trabajo se van degradando para cada vez más trabajadores y se acentúa la explotación, la dependencia y la inseguridad laboral. Es un modelo laboral que convierte a las personas en instrumentos al servicio de la mayor rentabilidad de la producción, adaptándolas a la fuerza a los requerimientos de la rentabilidad económica.
- b) Pero este modelo de la flexibilidad y precariedad laboral no sólo genera inseguridad y dependencia en el trabajo, también genera inseguridad y dependencia vital. Por una parte, porque la inseguridad en el empleo (por tanto en los medios de subsistencia) genera en si misma inseguridad vital y se convierte en un mecanismo que facilita la aceptación de cualquier tipo de trabajo. Por otra, porque el tiempo productivo invade cada vez más espacios del tiempo de vida, del tiempo personal, familiar, social..., desestructurando la vida de las personas y dificultando poder vivir humanamente. Dicho de otra manera: el sistema de producción y consumo configura la vida de las personas de forma que resulte funcional para su pretensión de producir y consumir para generar rentabilidad económica. Moldea la vida de las personas estructurándola desde la producción y el consumo, genera forzosamente una forma de vida que adapta y somete a la persona a las exigencias de la economía, mutilando y atrofiando las dimensiones de la vida humana que no son funcionales a la producción y el consumo.
- c) Junto a los dos aspectos anteriores, el sistema de producción y consumo genera también otra realidad que, en nuestra opinión, resulta decisiva: una forma de sentir, pensar y actuar (una cultura) que se ha convertido en hegemónica y que orienta la vida de las personas en la dirección que el sistema de producción y consumo necesita para su funcionamiento, hace deseable la forma de vida que necesita para funcionar. Se ha ido imponiendo como lo normal, lo natural y lo deseable una orientación de la vida humana centrada en el ser productor y consumidor. Lo cual está provocando un radical empobrecimiento de las personas y dificultando seriamente la posibilidad misma de ser persona. En la medida en que la vida de las personas se configura desde los presupuestos y desde la cultura que genera el sistema de producción y consumo, se nos hace mucho más difícil vivir como personas. Y cuando esto ocurre se hace también más difícil luchar contra la

explotación, la injusticia y el empobrecimiento que niegan la dignidad del ser humano.

Este sufrimiento y deshumanización se manifiesta especialmente en las cinco situaciones del mundo obrero y del trabajo que queremos vertebrar nuestro Quehacer Apostólico Comunitario: la precariedad laboral, la exclusión social que genera el mercado de trabajo, las crecientes dificultades para la vida familiar y la educación, las condiciones de vida y trabajo de los inmigrantes, la discriminación de la mujer en el mundo del trabajo.

La situación de empobrecimiento y vulnerabilidad afecta a sectores muy diversos del mundo obrero y del trabajo, pero hay que tener en cuenta que afecta de modo particularmente negativo: a los jóvenes, que en gran medida sufren especialmente la situación de precariedad en el empleo, con todo lo que ello representa de precariedad de sus vidas y de dificultades para sus proyectos de futuro; a las mujeres, que padecen mucho más que los hombres la precariedad laboral y situaciones de discriminación en el empleo, así como también son las que más sufren las sobrecargas que el sistema productivo impone a las familias; y a los trabajadores inmigrantes, que en su inmensa mayoría padecen los peores efectos del modelo de la flexibilidad y la precariedad laboral, muchas veces con las peores condiciones de trabajo, a lo que se añade la vulnerabilidad que representa el hecho de que suelen ser considerados como mano de obra barata antes que como personas, y también la vulnerabilidad que supone su condición de “extranjeros” (con las, en ocasiones, reacciones de xenofobia y racismo) y que muchas veces se consideran una fuente de problemas, sin reconocer todo lo que aportan a la sociedad e ignorado su condición de víctimas de una situación estructural de empobrecimiento y explotación.

Lo que hemos descrito aquí de forma muy sintética es a lo que llamamos la confluencia entre el problema de los empobrecidos y el problema antropológico. A esto es a lo que nos parece que hemos de prestar especial atención hoy y de cara al futuro para vivir nuestra existencia cristiana en el mundo obrero y del trabajo y realizar la tarea evangelizadora de la Iglesia.

4º.- Una radical deformación de la política

Los tres aspectos de la realidad social que hemos considerado hasta aquí no se han producido por generación espontánea. Son el resultado de todo un conjunto de decisiones, de acciones y omisiones, de relaciones sociales... En definitiva, son una construcción política.

El dominio de la vida social por la lógica economicista del sistema de producción y consumo ha ido configurando una muy determinada manera de orientar la política, un modelo político acorde con esa hegemonía social de la producción y el consumo. Este es

un elemento muy importante del contexto social en el que vivimos, pues representa, por una parte, un obstáculo importante para combatir la situación de explotación, dependencia y empobrecimiento de las personas; y, por otra, un poderoso mecanismo de deshumanización, porque supone una atrofia o mutilación de la capacidad humanizadora de la acción política, como dimensión constitutiva de la existencia humana e instrumento para construir relaciones sociales humanas.

El modelo político dominante en nuestra sociedad se caracteriza, entre otras cosas, por la subordinación y sometimiento de la acción política a la lógica economicista. En buena medida, la orientación predominante de la política es, en lugar de la búsqueda de construir justicia en las relaciones sociales, la búsqueda de la adaptación de las personas y de la vida social a las exigencias de la producción y el consumo. Más que como instrumento para modificar las relaciones sociales que dificultan la vida digna de todas las personas, la política se orienta desde la perspectiva de la gestión de una situación dada que se considera inmutable e incuestionable.

Situada en esta perspectiva, la política se ha ido convirtiendo en gran medida en una técnica de conquista y conservación del poder político institucional. Para ello apela cada vez más a los intereses individuales que pueden atraer el voto y se convierte en gran medida en propaganda. La imagen que se fabrica y se difunde de la realidad se ha convertido muchas veces en tanto o más importante que los propios contenidos que se defienden desde cada posición política. Y la política, con todo esto, se ha ido convirtiendo en espectáculo que sustituye la pasión por lo común, la búsqueda de la cooperación y el diálogo para afrontar los problemas sociales, por la exageración de las diferencias y la confrontación y la competencia permanente para llamar la atención de una ciudadanía que se siente cada vez más lejana de esa actividad política.

En este sentido hay que subrayar el papel cada vez mayor que juegan los grandes medios de comunicación social en la creación y difusión de una imagen más virtual que real de la vida social y política. Y, consecuentemente, el gran poder que tienen para deformar la realidad.

Pero, sobre todo, este modelo político dominante supone la reducción de los sujetos de la vida política a los partidos políticos, las instituciones legislativas y de gobierno, y los profesionales de la política. El conjunto de las personas no se sienten en absoluto sujetos de la vida y la acción política, se han convertido en meros espectadores. Que, además, suelen considerar que su responsabilidad hacia lo común en la vida social se acaba votando cuando son convocados a hacerlo y pagando sus impuestos, pocos a ser posible.

Se produce así un divorcio cada vez mayor entre la vida cotidiana de las personas y la perspectiva que predomina en la actividad política. Son como dos mundos paralelos. La mayoría de los problemas sociales no se perciben como problemas políticos. No se considera vida política lo que ocurre en la realidad cotidiana del trabajo, del barrio, de la escuela, etc. Espacios en los que, por lo demás, las formas predominantes de vida, las

condiciones del trabajo y la cultura dominante favorecen cada vez más una menor participación y sentimiento de responsabilidad.

Es muy importante el hecho de que la mayoría de los problemas sociales no se perciban como problemas políticos. Lo que eso significa es que en la conciencia común se perciben cada vez más como lo normal y natural. Es lo que hay. Además, de hecho, la mayoría de los problemas de la vida cotidiana de las personas y muchas de las situaciones que antes hemos señalado al referirnos al mundo obrero y del trabajo ocupan un lugar muy secundario o simplemente no están en la agenda política

Lo que queremos subrayar especialmente es que este modelo político dominante es un poderoso mecanismo de deshumanización, porque lo que hace es atrofiar la dimensión política de la existencia humana, mutilando la capacidad de las personas de vivir la responsabilidad de los unos hacia los otros en la vida social, que es camino de humanización. Además, la despolitización de los problemas sociales y la crisis de la participación social que este modelo político impulsa, dificultan enormemente construir relaciones sociales humanas: la búsqueda de la justicia para los empobrecidos se debilita mucho desde esta manera de vivir la política.

El dominio que el capitalismo ejerce sobre la vida social y la manera de orientar la política que predomina en nuestra sociedad, están suponiendo un profundo proceso de destrucción de la sociabilidad humana, un cada vez mayor predominio de lo individual sobre lo comunitario, y una notable pérdida del sentido comunitario de la lucha por la justicia y del valor de las organizaciones para esta lucha. Esto tiene muchas consecuencias para el desprestigio de lo público puesto al servicio de las personas y de finalidades colectivas, para la vocación del ser humano a la comunión, para la valoración de las organizaciones sociales como un bien de la sociedad, y para la conciencia de la responsabilidad que tenemos los unos hacia los otros, hacia la vida social y hacia el bien común, todo lo cual ha provocado una desmovilización de las personas ante los problemas que sufrimos. Esta dinámica nos está configurando cada vez más como sujetos con escasa conciencia de nuestra responsabilidad social, a la vez que sitúa a los empobrecidos en una posición de mayor debilidad, vulnerabilidad e indefensión.

En ese sentido, el desafío de ayudar a descubrir el valor de lo comunitario para la realización de nuestra humanidad nos parece que resulta fundamental hoy y de cara al futuro.

Como ya señalamos al referirnos a la pérdida del horizonte de la justicia en la conciencia social predominante en nuestra sociedad, lo que acabamos de plantear sobre el modelo político dominante no quiere decir que no haya en nuestra sociedad personas, grupos y organizaciones que vivan o intenten vivir lo político de otra manera. Existen, y su contribución a la humanización y a la justicia es un signo de esperanza que no podemos olvidar y que hay que promover y potenciar. Así, por ejemplo, es fundamental valorar el papel que pueden jugar los sindicatos como instrumentos para construir justicia en el mundo obrero. Lo mismo cabría decir de algunas decisiones políticas que, aún dentro del modelo político dominante, permiten avanzar en la dirección de la justicia.

Pero esto no debe llevarnos a minusvalorar el gran desafío que el modelo político dominante representa para la vida de las personas, para nuestra propia vida cristiana y para la tarea evangelizadora en el mundo obrero y del trabajo. Teniendo en cuenta que este modelo político dominante tiende a condicionar y deformar el mismo papel de las organizaciones sociales, sindicales, políticas... como instrumentos al servicio de la justicia y de la transformación social.

Esto último tiene una especial importancia, pues las organizaciones sociales, también las del mundo obrero, se ven profundamente afectadas y debilitadas por esta situación, precisamente en un momento en que las organizaciones son más necesarias que nunca para luchar contra el empobrecimiento, la injusticia y la deshumanización. Por eso, hoy es fundamental colaborar a recuperar el papel de las organizaciones sociales y centrar su trabajo en el servicio a los sectores más débiles y empobrecidos del mundo obrero y del trabajo.

5°.- Una cultura que deforma y desorienta nuestra humanidad

Antes hemos dicho que el capitalismo ha logrado imponer su hegemonía en la vida social convirtiendo el sistema de producción y consumo en sistema social y cultural. Hasta aquí nos hemos referido a algunos elementos que han sido generados por el sistema de producción y consumo convertido en sistema social, en forma de organización de la vida social. Ahora vamos a referirnos al tipo de cultura que el sistema de producción y consumo ha generado para poder funcionar y que nosotros consideramos que se ha convertido en la cultura hegemónica en nuestra sociedad.

Siendo tan radical como es la deshumanización que genera lo que hasta aquí hemos apuntado, en nuestra opinión lo más radicalmente deshumanizador es la cultura de matriz economicista que domina nuestra sociedad. Porque es lo que más deforma y desorienta nuestra humanidad.

Antes de comentar lo que en nuestra opinión son los rasgos fundamentales de la cultura que domina nuestra sociedad, vamos a detenernos en algunas consideraciones sobre la cultura, la humanización y la evangelización que son importantes para comprender lo que queremos decir.

La cultura es un hecho social propio del ser humano. Contiene muchos elementos, pero lo central en toda cultura es la forma de sentir, pensar y actuar (la forma de vivir y comportarse) que genera y extiende hasta lograr que se considere normal y natural para el ser humano. En cierta forma podemos decir que la cultura responde a la pregunta ¿qué es lo que nos hace ser personas y realizar nuestra humanidad? La cultura es un hecho social, pero no es un hecho externo al ser humano si no que lo impregna y lo configura. Es creación de la acción del ser humano en sociedad, pero es a la vez el ambiente en el que vivimos, como el aire que respiramos y en el que nos desarrollamos. Por eso la cultura es decisiva para la humanización: en la medida en que la cultura que domina en una

sociedad orienta nuestra vida en un sentido humanizador, nos facilita crecer como personas; y en la medida en que lo hace en un sentido deshumanizador, dificulta ese crecimiento.

Decimos “facilita” y “dificulta”, porque la cultura no determina la libertad y responsabilidad personal, pero sí influye en ella, porque es la que establece la normalidad en una sociedad. Así, tanta importancia tiene prestar atención al hecho de que las personas somos sujetos de la cultura, constructores de cultura, que con nuestra libertad podemos orientar nuestra vida personal y la vida social en uno u otro sentido, como al hecho de que la cultura que domina en una sociedad puede ayudarnos a la realización de nuestra humanidad o hacerla más difícil al promover la tendencia al pecado (a la deshumanización) que existe en nosotros. Porque, igual que puede empujarnos a “sacar lo mejor de nosotros mismos”, también puede “sacar lo peor”, nuestro individualismo, egoísmo, deseo de dominio...

Por esa misma razón la cultura es tan importante en la evangelización. Pablo VI decía que en gran medida evangelizar es evangelizar la cultura. Es decir, sumergirse en la realidad concreta de la vida de las personas para transformar la cultura de manera que la forma de sentir, pensar y actuar se asemeje lo más posible a la forma de sentir, pensar y actuar que Jesucristo nos muestra como la más humana, la que mejor realiza nuestra humanidad. Y por eso mismo, Juan Pablo II, siguiendo la reflexión del Concilio Vaticano II, insiste en que el Evangelio necesita hacerse cultura para poder vivirse plenamente, necesita traducirse en una forma de sentir, pensar y actuar en la vida personal y social. En realidad esto es lo que, según expresión de un teólogo, hizo Jesús de Nazaret: poner del revés la forma de sentir, pensar y actuar dominante en la sociedad judía de su época, porque esa “normalidad” oprimía y asfixiaba a las personas, sobre todo a los pobres; y así mostró lo que es poner del derecho la realidad para que podamos vivir como hijos e hijas de Dios (Albert Nolan, “*Jesús, hoy*”, Sal Terrae 2007, pp. 81-95).

Pues bien, en expresión de otro teólogo, el mismo sistema económico que ha construido un tipo de vida y de relaciones sociales, que ha organizado la casa que es el mundo desde las claves de la producción y el consumo, genera una cultura que construye un tipo de persona capaz de habitar esa casa (José María Mardones, “*Recuperar la justicia*”, Sal Terrae 2005, p. 124). La cultura que genera el sistema de producción y consumo es, ante todo, una manera de orientar la vida del ser humano, una propuesta práctica del tipo de persona que debemos ser. En este sentido, se ha dicho con razón que el peor daño que ha causado el capitalismo al ser humano es que ha puesto en el corazón de las personas y en el centro de la vida social aquello que Jesús quiso quitar del corazón del hombre y de las relaciones sociales para que pudiéramos vivir humanamente. Esta antropología, que se ha convertido en cultura hegemónica en nuestra sociedad, se ha caracterizado acertadamente como la del ganar, gastar y gozar.

Las dos características más centrales de esta cultura dominante en nuestra sociedad son el individualismo y el hedonismo.

El individualismo, que supone una profunda deformación del valor de la individualidad y de la autonomía del sujeto. No somos una pieza más de un engranaje social, somos seres singulares que podemos asumir y vivir nuestra autonomía de sujetos y responsables de nuestra vida y de la vida de los demás. La cultura moderna ha subrayado este valor. Pero la cultura economicista lo que ha hecho es deformarlo al extender la convicción social de que lo normal y natural es la búsqueda por encima de todo del propio interés individual. Así, se ha ido extendiendo cada vez más la convicción social de que lo propio del ser humano es comportarse como un individuo que compite con los demás para buscar su propio interés.

El hedonismo, que supone una deformación del deseo del ser humano de ser feliz y disfrutar de la vida, porque sustituye este sano deseo por la consideración de lo que nos gusta como criterio de lo humano, de lo que es bueno para el ser humano. Igual que el individualismo es el imperio del propio interés, el hedonismo lo es del propio gusto.

La expresión mayor de este hedonismo en nuestra sociedad es **el consumismo**, que quizá es lo que caracteriza mejor la cultura dominante en nuestra sociedad. El consumo siempre creciente es una necesidad ineludible del sistema de producción capitalista. Le resulta imprescindible el constante crecimiento económico para generar siempre de forma creciente mayor rentabilidad económica. Por eso necesita generar una forma de vida consumista que se convierte en promesa de felicidad para las personas.

El consumo sin límites representa problemas sociales y medioambientales muy importantes. Pero, además, genera otra realidad fundamental desde un punto de vista cultural: necesita convertir a las personas en individuos consumidores. Para ello, lo que hace es, a través del poderoso sistema publicitario, sustituir las necesidades de las personas (que son limitadas) por los deseos sin límites. Así, se ha ido extendiendo la convicción social de que lo normal y natural es que seamos sujetos deseantes. La respuesta a ese deseo sin límites es el consumismo. Pero, ese hacernos sujetos deseantes que responden a sus deseos sin límites y siempre cambiantes (por eso se ha dicho que en realidad lo que el consumismo fabrica es el capricho como norma de comportamiento) a través del consumo de productos y sensaciones, sólo es posible si adoptamos la personalidad de consumidores. Eso es lo más característico de la forma de sentir, pensar y actuar consumista: nos va moldeando como individuos que nos situamos ante todo como consumidores, para los que todo es elegible, desechable, intercambiable...

El dominio cultural de este individualismo y hedonismo consumista tiene repercusiones muy importantes para los humanismos, para la ética y para la vivencia de la fe. Sobre todo, porque supone una forma de sentir, pensar y actuar socialmente aceptada y considerada como la normal, en la que el propio interés, conveniencia y gusto se convierten en norma. Por eso, la cultura dominante en nuestra sociedad se caracteriza también por **el subjetivismo** y **el relativismo**, que son una deformación de nuestra humanidad y sobre cuya base se debilitan profundamente las relaciones sociales.

El subjetivismo representa la negación práctica de que existan valores y normas de comportamiento objetivas fuera del propio individuo. Es cada individuo el que establece lo que es un valor y lo que no lo es, lo que es humano y lo que no lo es.

El relativismo representa la negación práctica de que existan valores y normas objetivas de vida. Todo es opinable, todo es relativo, y depende del criterio propio de cada uno o, en todo caso, del consenso social que se establezca.

Subjetivismo y relativismo son una deformación del valor de la libertad y la autonomía personal, por la cual cada uno personaliza lo que es vivir humanamente y se hace cargo de su existencia. Porque convierten la libertad en la ausencia de límites al propio interés, conveniencia o gusto. Porque tienden a situarnos ante los otros como competidores, como un obstáculo para nuestra libertad, más que como lo que en realidad son: los necesitamos para realizar nuestra humanidad, son aquellos con quienes podemos construir nuestra humanidad. Por eso, el relativismo y el subjetivismo debilitan profundamente la vida social, porque socavan las bases comunes de la convivencia. Y en ese mismo sentido, la competencia permanente, la supremacía del más fuerte..., hacen que las relaciones de violencia estén muy presentes en nuestras vidas y en nuestros ambientes sociales.

Esta extensión del subjetivismo y del relativismo, vinculados al individualismo y al hedonismo crea grandes problemas a los planteamientos éticos, a los humanismos y a la fe cristiana. Porque se perciben frecuentemente como una limitación a la libertad individual, al proponer unas normas, valores, criterios... objetivos, según los cuales construimos humanamente nuestra vida y a los que debemos someter nuestro criterio, conveniencia o gusto individual. Por eso, el subjetivismo y el relativismo son también tan negativos para reconocer, personal y socialmente, el lugar que corresponde a la situación de los empobrecidos y a la lucha por la justicia, porque nos dificultan sentirnos afectados por el dolor y el sufrimiento de los empobrecidos.

De ahí que la cultura dominante en nuestra sociedad fomente un **secularismo** práctico, que es una deformación del valor de la secularización, entendida como la capacidad de las personas de construir nuestra vida personal y social sin recurrir a ninguna divinización de la realidad (ya sea a través de una fe religiosa o de una ideología), que la convierte en algo inamovible e inmutable (4). El individualismo-hedonismo y el subjetivismo-relativismo son un poderoso mecanismo de secularismo, porque orientan la existencia en un sentido en el que se hace muy difícil, por no decir imposible, vivir desde Jesucristo. Quien construye su vida desde el propio interés, gusto y conveniencia y se convierte a sí mismo en criterio de vida no puede construir su vida desde la confianza en Dios. Pero, de la misma forma, hace muy difícil vivir desde un humanismo consecuente, que reconozca prácticamente la importancia decisiva de los demás en nuestra existencia.

Por todo esto, hemos dicho al principio que esta cultura dominante en nuestra sociedad deforma y desorienta nuestra humanidad y constituye un desafío fundamental para la misión evangelizadora. Este es el aire que respiramos habitualmente en nuestra

sociedad. La cultura dominante nos afecta a todos en mayor o menor medida y tira de nosotros a construir la vida desde esa normalidad.

No quiere esto decir que todas las personas vivamos enteramente desde el individualismo, el hedonismo, el subjetivismo y el relativismo. Pero ese aire que respiramos nos dificulta vivir humanamente. Y, a poco que nos descuidemos, nos influye de tal manera que intentamos adaptarlo todo a esa normalidad. De ahí que en nuestra sociedad abundan tanto los humanismos y el cristianismo a la carta, donde cada uno nos construimos nuestra propia versión de un humanismo o de la fe cristiana adoptando aquello que hace más juego con nuestro propio criterio, interés o conveniencia y dejando de lado lo demás. Conviene no olvidar que la raíz de esta deshumanización es el pecado, tanto personal como social y estructural. Las personas estamos tentadas de egocentrismo y autosuficiencia, dominio y competitividad, afán de poseer y acaparar... Desde ahí se va configurando la organización de la vida social y la cultura, originando y extendiendo la deshumanización de la vida. Pero, a la vez, las estructuras injustas y la cultura dominante refuerzan la tendencia personal y social al pecado.

Además, el dominio social de esta cultura es una gran dificultad para combatir la injusticia y el empobrecimiento, que tanto abundan en nuestra sociedad y en nuestro mundo obrero.

Por lo que está en juego en la construcción de nuestra humanidad y en la lucha por la justicia y la solidaridad con los empobrecidos, es tan importante colaborar a construir una cultura humanizadora en nuestros ambientes sociales y, particularmente, colaborar a reconstruir una cultura y una conciencia obrera humanizadora y liberadora en el seno del mundo obrero y del trabajo (5).

6°.- Una Iglesia que no estamos sabiendo responder a esta situación

Nuestra Iglesia está teniendo grandes dificultades para dar una respuesta evangelizadora en este contexto social. En nuestra opinión ello es debido tanto a la propia influencia del contexto social, especialmente de la cultura dominante, en la vida de la Iglesia, como a algunos errores e incoherencias por parte de nuestra Iglesia. En ocasiones la misma manera de situarnos la Iglesia agrava las dificultades para la Evangelización.

El contexto social en el que nos movemos, especialmente la forma de vida dominante, la cultura individualista, hedonista y secularista, y el modelo político dominante en nuestra sociedad, han agudizado algunos problemas que venimos arrastrando en nuestra Iglesia y que son una dificultad para la misión evangelizadora.

Problemas como:

- a) Una vivencia más individual que comunitaria de la fe.
- b) Unas comunidades parroquiales con un escaso o inexistente dinamismo misionero y muy marcadas por el clericalismo.

- c) Un laicado muy poco organizado, formado y escasamente presente en la realidad de la vida social y con grandes dificultades (entre otras cosas por falta de cauces adecuados de acompañamiento eclesial) para encarnar formas de vida cristianas en medio de la realidad social. Y, consecuentemente, un escaso testimonio comunitario de otra forma de vida distinta a la dominante en nuestra sociedad.
- d) Una falta de real corresponsabilidad y protagonismo de los laicos en la vida de la Iglesia, muy marcada por la desconfianza hacia los seculares y por la debilidad, cuando no retroceso, de los cauces de corresponsabilidad y diálogo al interior de nuestra Iglesia.
- e) Una falta de reconocimiento real y efectivo del papel de la mujer en nuestra Iglesia: las mujeres siguen teniendo en nuestra Iglesia un papel secundario y frecuentemente subordinado, que no se corresponde ni con su dignidad ni con su mayoritaria presencia en las comunidades eclesiales.
- f) Una muy escasa conciencia social y política, que se sigue percibiendo por muchos cristianos como algo ajeno a la fe de la Iglesia.
- g) Una importante dificultad para el diálogo con nuestra sociedad, sabiendo descubrir, asumir y promover los aspectos positivos que hay en ella, buscando mostrar y transformar lo que es deshumanizador, y ofreciendo la Buena Noticia de Jesucristo como la propuesta de humanización que es.

Por otra parte, nuestros obispos están especialmente preocupados, nos parece que con razón, por el problema de la cultura. Especialmente por lo que tiene la cultura dominante en nuestra sociedad de materialismo, subjetivismo, relativismo y secularismo. Subrayan insistentemente la deshumanización que esto representa y el problema de la influencia del secularismo dentro de la Iglesia. Con ello creemos que hacen un buen servicio a la sociedad y a la Iglesia.

Ahora bien, en nuestra opinión, se cometen con frecuencia algunos errores que dificultan la misión evangelizadora de la Iglesia:

- a) Predomina una visión parcial del problema de la cultura. Porque se desvinculan del problema de los empobrecidos y la injusticia que sufren, del problema de las formas de vida y las dificultades que nuestro sistema social nos crea para vivir como personas y de la cultura que domina nuestra sociedad. Nosotros creemos que esas tres dimensiones no se pueden separar porque forman parte de una misma realidad. Desvincularlas lleva, nos parece, a una respuesta equivocada a lo que necesita el contexto social en el que vivimos: se pone el acento en la necesidad de la asimilación y difusión de las creencias cristianas como forma de responder a la cultura secularista y su influencia al interior de la Iglesia y, junto a ello, se propone el ejercicio de la caridad personal y social. Sin negar en absoluto la importancia de la personalización y difusión de las creencias cristianas, entendemos que el acento hay que ponerlo en la forma de vida, en la que ocupa un lugar central la solidaridad

con los empobrecidos y la lucha por la justicia. La forma de vida no es un derivado de las creencias, sino su contenido fundamental.

- b) Lo anterior lleva a agravar un problema crónico en nuestra Iglesia: la inoperancia de la Doctrina Social de la Iglesia. Al desvincular los tres elementos señalados, los principios, criterios y valores de la DSI (como reflexión sobre la dimensión social de la vida humana desde el Evangelio) pierden operatividad pastoral. Esos principios, criterios y valores son para vivirlos y extenderlos en la vida social, y son un elemento esencial en la tarea evangelizadora en la sociedad, pero no tienen apenas presencia en los planteamientos pastorales concretos que suelen predominar en nuestra Iglesia.
- c) Pero, sobre todo, lleva con frecuencia a un alejamiento de la realidad de la vida cotidiana de las personas. En la práctica, las situaciones cotidianas de la vida laboral, familiar, del barrio, del conjunto de la sociedad... parece que no tengan demasiada importancia para amplios sectores de nuestra Iglesia, cuando deberían ser lo más importante, para ayudar a vivirlas humanamente. Es muy llamativa en este sentido la permanente insistencia en algunos temas y el clamoroso silencio en otros, especialmente en los relativos a los problemas de justicia para los empobrecidos y a los de la vida cotidiana de la mayoría de las personas.
- d) Pero, más aún, lleva en ocasiones a una confusión de lo que podríamos llamar el “sujeto” del secularismo. A veces da la impresión de que para algunos sectores de la Iglesia el secularismo está producido por la actuación de unos grupos ideológicos que tienen la voluntad de construir la vida social de espaldas a Dios y que la tarea de la Iglesia consiste en combatir a esos grupos. Nosotros creemos que, aún siendo verdad que existen grupos sociales secularistas, el problema real está en otro sitio: lo que produce secularismo es el sistema social en el que vivimos. Ese es el problema importante que hay que afrontar, y que comporta lo que hemos señalado en los puntos anteriores. Antes nos hemos referido a la renuncia que se ha producido en el conjunto de nuestra sociedad a modificar las raíces de nuestro sistema social y cómo esto ha generado la extensión de un modelo político que ha sustituido la lucha por la justicia para los empobrecidos por la adaptación de las personas a las exigencias del sistema de producción y consumo, por el reconocimiento de un conjunto de derechos individuales (que, ciertamente, en algunos casos suponen un avance social), y por la promoción de la libertad entendida como ampliación de la capacidad de elegir, cambiar, desechar... y la eliminación de límites para hacer el propio interés, gusto o conveniencia. En torno a esto último se ha generado una dicotomía social entre “progresistas” y “conservadores” más aparente que real. Nuestra Iglesia ha entrado frecuentemente en esta misma dinámica, apareciendo casi siempre situada del lado del conservadurismo, lo cual ha reforzado aún más la imagen que fabrica la cultura dominante en nuestra sociedad de que la Iglesia es un obstáculo para la libertad. Cosa que, por lo demás, ya se encargan de magnificar algunos medios de comunicación social y de evidenciar incluso algunos medios vinculados a la Iglesia,

cuyos comportamientos y mensajes son en ocasiones escandalosamente contrarios al Evangelio y a las enseñanzas de la Iglesia. En nuestra opinión, es un gran error para la Iglesia entrar en esta dinámica y situarse de esta forma para combatir el secularismo. La forma de afrontarlo ha de ser, por fidelidad al Evangelio de Jesucristo, la solidaridad con los empobrecidos y la lucha por la justicia.

Esta manera, en nuestra opinión errónea, de afrontar el problema de la cultura está reforzando al interior de la Iglesia algunos efectos negativos del contexto social en el que vivimos, en un doble sentido:

- a) Al igual que ocurre en la sociedad, está debilitando en nuestra Iglesia la lucha por la justicia. No cabe ninguna duda de que desde la Iglesia, a través de formas muy diversas, se vive la cercanía y el servicio a los empobrecidos. Pero, salvando el valor que este trabajo tiene siempre, en gran parte de la pastoral de la Iglesia está ocurriendo lo mismo que en la sociedad: se están dejando de lado el origen de la desigualdad y la injusticia y las causas del empobrecimiento. El problema es que así se hace mucho más difícil combatir el empobrecimiento y se produce una separación entre amor y justicia, que tiene nefastas consecuencias para la evangelización. Porque, como muestra el Evangelio de Jesucristo y repite insistentemente la DSI, amor y justicia no se pueden separar, pues cuando eso ocurre se desvirtúan los dos. Y, sobre todo, dificulta vivir algo que es fundamental para la Iglesia: asumir como propio el dolor y el sufrimiento de los empobrecidos y practicar como actitud vital la compasión y la misericordia.
- b) Al igual que ocurre en la sociedad, de forma muy mayoritaria en nuestra Iglesia no se comprende la importancia de lo que ocurre en el mundo obrero y del trabajo. No se comprende su estrecha relación con el empobrecimiento de muchas personas y con la deshumanización de la vida social. Por eso tampoco se ve la importancia de la Pastoral Obrera.

Por último, hay otros dos aspectos del contexto eclesial que nos parece importante destacar, porque no facilitan nada poder construir una respuesta evangelizadora adecuada al actual contexto social.

Por una parte, la actitud defensiva que con frecuencia adoptamos en la Iglesia frente a una sociedad que considera generalmente lo que plantea la Iglesia más como un estorbo, como un obstáculo para la libertad, que como otra cosa. En esto influye, sin duda, la cultura dominante en nuestra sociedad, pero también la forma en que muchas veces desde nuestra Iglesia se plantean las cosas, que en ocasiones es muy poco coherente con las actitudes básicas que muestra el Evangelio hacia las personas. Sobre todo, cuando esta actitud defensiva lleva a posturas condenatorias y poco comprensivas con las personas y las instituciones. Esto dificulta mucho presentar el Evangelio como lo que es, una Buena Noticia, lleva a hacer más moralismos de los aconsejables y a desperdiciar lamentablemente muchas oportunidades de presentar en positivo la riqueza que supone la

vida humana vivida desde Jesucristo. Situarnos en otra actitud mucho más dialogante y positiva en las realidades de la vida cotidiana de las personas, lo cual no significa en absoluto renunciar a plantear con claridad la propuesta del Evangelio, es hoy un reto fundamental para la Iglesia. En este mismo sentido, es necesario superar las dificultades que algunos sectores eclesiales tienen para situarse de forma positiva en una sociedad democrática, pluralista y laica.

Por otra parte, esa misma actitud defensiva lleva a veces a buscar seguridades que nos defiendan del exterior, encerrándonos en nosotros mismos y recrudeciendo el mal del clericalismo en nuestra Iglesia (cosa que ocurre, con más frecuencia de lo que parece entre los mismos seculares). Se confunde demasiadas veces el necesario reconocimiento del servicio (por tanto también de la autoridad) del ministerio pastoral con el asentimiento acrítico a todo. Hay demasiada desconfianza hacia la autonomía y responsabilidad de los seculares y poco respeto hacia su capacidad de decisión y, sobre todo, hacia un laicado que sea capaz de pensar por sí mismo. Todo ello ha debilitado los cauces y las prácticas de corresponsabilidad efectiva en la vida de la Iglesia.

Especialmente preocupante en este sentido nos parece la dificultad que hoy existe en nuestra Iglesia para el diálogo, pues este hecho resulta muy negativo para una realidad esencial en la vida y misión de la Iglesia: ser signo de comunión en medio de la humanidad. En un doble sentido:

- a) la dificultad que existe para un diálogo sincero y profundo en nuestra Iglesia, que nos permita avanzar en vivir la comunión desde la diversidad y en la búsqueda de cuáles son las respuestas pastorales hoy más adecuadas.
- b) La dificultad que existe para un diálogo sincero con la sociedad que contribuya a la construcción de una laicidad positiva desde el reconocimiento y la valoración de la pluralidad para construir una convivencia en común, aportando también las propuestas del cristianismo a esa construcción de la convivencia en común desde la diversidad.

A pesar de estas dificultades, incoherencias y limitaciones, hemos de reconocer y dar gracias a Dios por tantas realidades eclesiales que son un ejemplo de encarnación en la realidad de los empobrecidos, de acogida y entrega solidaria a los empobrecidos, de denuncia de la injusticia y de trabajo por construir relaciones sociales más humanas. Así como por aquellas que están promoviendo y animando dinámicas nuevas en nuestra Iglesia, para que crezcamos en fidelidad al Evangelio, en la defensa de la dignidad de las personas, especialmente de los empobrecidos, y en ofrecer un testimonio de fraternidad. En este sentido, nos sentimos especialmente agradecidos por el trabajo que, con todas nuestras limitaciones e incoherencias, venimos intentando realizar el conjunto de los movimientos de Acción Católica y desde la tarea de la Pastoral Obrera.

(1) Dimensión mundial del empobrecimiento, la injusticia y la destrucción de la naturaleza

Consideramos que es muy importante prestar la debida atención y vivir intensamente la necesidad de extender socialmente la conciencia concreta de lo que significa, por una parte, la globalización de la injusticia que se ha producido en nuestro mundo y, por otra, la del problema ecológico. Ambos problemas manifestaciones de la globalización de un modelo económico-social y de una forma de vida que lo sustenta, alimenta y difunde.

Sin duda alguna, el primer problema de nuestro mundo es el de la injusticia y el empobrecimiento de miles de millones de personas, que no disponen de lo necesario para vivir dignamente, o simplemente para sobrevivir. Solemos hablar de pueblos desarrollados y pueblos subdesarrollados. Es una manera de intentar expresar una situación. Pero no es la más ajustada a la realidad. La situación de personas y pueblos que no disponen ni de lo más básico para vivir con dignidad, que convive con otras sociedades en las que existe una sobreabundancia de todo tipo de bienes materiales, un alocado consumo y un enorme despilfarro de recursos, es en sí misma una situación de falta de desarrollo humano del conjunto de la humanidad, porque esa injusta desigualdad es negación de la común humanidad. En la raíz de esta situación están la falta de fraternidad y un modelo económico que deforma radicalmente el sentido humano de la economía.

Un fenómeno humano tan importante como son las actuales migraciones son expresión de esta injusticia y empobrecimiento estructural que existe en nuestro mundo.

Como también lo es el problema ecológico, dimensión y expresión de esa misma injusticia: nuestro modelo de vida, de crecimiento y de consumo, que extiende la globalización capitalista, no es extensible a toda la población mundial ni es sostenible para las futuras generaciones, por tanto es injusto, inhumano e inmoral.

(2) Los signos positivos que existen en nuestra sociedad

En nuestra reflexión hemos centrado la atención en descubrir y comprender aquellos aspectos de la realidad que son negación de la dignidad del ser humano, porque son los desafíos que se nos plantean para construir nuestra vida nuestra tarea evangelizadora. Pero consideramos, y así queremos subrayarlo, que para ello es también muy importante prestar atención a los signos positivos que existen en nuestra sociedad y que son signos de esperanza ante la generalizada situación de empobrecimiento, injusticia

y deshumanización. Es fundamental saber descubrir y promover estos signos de humanidad y esperanza, porque son decisivos para combatir la injusticia y la deshumanización y para encarnar una existencia cristiana en nuestra realidad concreta.

Signos de esperanza y realidades positivas que son muy diversos y variados. Por ejemplo: la búsqueda de justicia global y de un modelo de desarrollo sostenible social y ecológicamente que están promoviendo movimientos sociales, sindicales...; la lucha por la paz y reconciliación que promueven diversas organizaciones en todo el mundo; la entrega, generosidad y compromiso de multitud de personas y organizaciones en un trabajo constante al servicio de los empobrecidos y excluidos en sus diversas manifestaciones; el trabajo conjunto de una pluralidad de organizaciones que se da en nuestros pueblos, barrios o ciudades cuando somos capaces de trabajar juntos para combatir las injusticias, aportando cada uno sus especificidades; el trabajo paciente de algunos movimientos vecinales; el trabajo sindical en diversas situaciones de injusticia y empobrecimiento que padece el mundo obrero y del trabajo; la forma de vida austera y desde la voluntad de compartir de muchas personas; la labor en defensa de formas alternativas de consumo, del uso del dinero...que promueven diversas organizaciones; etc.

(3) La crisis económica

Consideramos que hemos de prestar mucha atención a lo que implica la actual crisis económica en esta situación que describimos. Al menos en tres sentidos:

- a) Fijando la atención en las víctimas de la crisis y dándonos realmente cuenta de la situación de empobrecimiento y vulnerabilidad en que el modelo capitalista que domina nuestra sociedad ha situado a cientos de millones de trabajadores y familias trabajadoras desde el sometimiento de las personas a la rentabilidad económica. Como se ha dicho, “en la actualidad la pobreza no se debe a la escasez de recursos sino a la mala distribución de los mismos. Y son dos las causas de esa mala distribución: la explotación de los trabajadores y la marginación de los poco productivos” (Luis González-Carvajal, *“El clamor de los excluidos”*, Sal Terrae 2009, p. 22). Las causas y efectos de la actual crisis económica son una dramática muestra de ello.
- b) Profundizando en lo que significa el momento actual, desde la experiencia de una crisis global que tiene sus causas en el modelo capitalista neoliberal que se ha impuesto globalmente destruyendo la vida social, como momento importante para un profundo replanteamiento del modelo de producción y desarrollo desde otras claves distintas, para el replanteamiento de las funciones del Estado y de la sociedad en la marcha y orientación de la economía.
- c) Teniendo en cuenta que la actual crisis económica tiene mucho de crisis ética, de principios morales sobre los que se ha ido construyendo la economía, nuestra

sociedad y nuestra existencia. Es necesario y urgente no sólo refundar la vida social, la economía, sino también nuestra propia humanidad.

Un desarrollo más amplio de lo que significa la crisis en este sentido podemos verlo en el documento de la Comisión Permanente de la HOAC, “*Reflexión sobre la crisis económica*”, de noviembre de 2008.

(4) Laicismo excluyente y fundamentalismo religioso

El valor positivo de la secularización, sobre todo en el sentido de que ésta representa el reconocimiento de la responsabilidad humana sobre la construcción de la realidad social, y también de la laicidad, que significa un proyecto de convivencia en común desde la pluralidad y el diálogo, en el que cada tradición cultural (religiosa o laica) tiene cosas que aportar a las demás, se ve amenazado en nuestra sociedad por dos posturas contrapuestas. Por una parte, el laicismo excluyente, que niega todo valor público a la religión, con frecuencia la ridiculiza desde posturas dogmáticas y quiere excluirla de la vida social, a la vez que es frecuentemente condescendiente con la cultura que genera el sistema de producción y consumo. Por otra, el fundamentalismo religioso, que pretende imponer, también desde posturas dogmáticas y cerradas, su interpretación de los principios religiosos en la vida social. Ambas posturas constituyen una negación del valor de la diversidad y son un obstáculo para el diálogo social.

(5) Medios de Comunicación Social y Sistema Educativo

En este aspecto de la cultura consideramos que es muy importante prestar atención al papel que están desempeñando y podrían desempeñar dos instituciones sociales. Los medios de comunicación social, que tienen de hecho un gran poder de configuración de la cultura, sobre todo a través de la imagen que transmiten de la realidad, de los valores que difunden, de las formas de vida que presentan como normales y, especialmente de su estrecha relación con el sistema publicitario que difunde el consumo como forma de vida. Y también el sistema educativo, que debería contribuir a una educación integral de las personas, pero que adolece de graves dificultades para hacerlo.

2ª Parte. Retos fundamentales a los que hemos de intentar responder

En este contexto social y eclesial la HOAC hemos ido tomando un conjunto de decisiones sobre la vida comunitaria, la vida de equipo y el ejercicio de las responsabilidades, la vinculación entre formación, espiritualidad y compromiso, el Quehacer Apostólico Comunitario y el Proyecto Evangelizador..., con las que

intentamos responder a esa situación. Lo que en esta Asamblea General queremos hacer es preguntarnos qué hacer para aprovechar lo mejor posible nuestras potencialidades y posibilidades para colaborar a construir una respuesta evangelizadora de la Iglesia a esa situación y servir así al mundo obrero y del trabajo. En ello es fundamental y decisiva nuestra manera de vivir desde Jesucristo en medio de la realidad del mundo obrero y del trabajo.

Es muy importante que tengamos en cuenta que lo que hemos descrito es estas páginas no es lo que les ocurre sólo a los demás. Es también lo que nos ocurre a nosotros. Todos somos víctimas de la deshumanización y de las dificultades para construir nuestra vida de forma humana y humanizadora.

Es decisivo, por tanto, que concretemos los retos que la actual situación nos plantea teniendo muy presente que su clave fundamental está en avivar la conciencia de cómo nos afecta a todos, también a nosotros, esta deshumanización y de la necesidad que tenemos de conversión en nuestra vida personal y comunitaria para construir nuestra propia humanidad desde Jesucristo y mostrar de forma práctica cómo es posible construir una manera de sentir, pensar y actuar distinta a la que el sistema social en el que vivimos genera como la normal y natural para el ser humano.

En ese sentido vamos a considerar ahora los retos fundamentales que nos parece plantea la situación descrita. Teniendo en cuenta que *la clave fundamental de todos ellos está en la conversión personal y comunitaria que necesitamos*, por lo que, junto al necesario esfuerzo, son decisivas la ilusión y el entusiasmo con que los afrontemos desde la acogida de la acción de Dios en nuestras vidas y desde la confianza en Él: para la HOAC y para los militantes los retos que vamos a describir son *un tiempo de Gracia*.

1º.- En nuestra opinión *el reto fundamental que plantea a la evangelización la actual situación es combatir el empobrecimiento y deshumanización que genera el sistema social que domina nuestra sociedad y colaborar a construir un orden social más justo que ponga en el centro de la preocupación social a los empobrecidos*. Empobrecimiento y deshumanización que han adquirido un carácter mundial y que se concretan en la forma en que se organiza el trabajo, convirtiendo a personas y familias en instrumentos subordinados a las exigencias de la producción y la rentabilidad económica, en la estructuración de la forma de vida desde las necesidades de la producción y el consumo dificultando así el vivir humanamente, y en la orientación de la vida hacia un proyecto de realización de la persona basado en el individualismo y el hedonismo, en vez de entender al ser humano como un ser comunitario (inserto en una familia y en una comunidad social) y llamado a la comunión.

2º.- Creemos que en la situación actual combatir este empobrecimiento y deshumanización plantea *el reto fundamental de afrontar la deshumanización que genera la cultura dominante en nuestra sociedad*. Ahora bien, la forma de abordar el problema de la cultura no puede ser sólo la confrontación de un sistema de creencias, los contenidos de nuestra fe, con el sistema de creencias contenido en la cultura dominante. Porque la cultura dominante en nuestra sociedad es el sistema económico convertido en

modelo de organización social y en lo que se considera como la manera natural de ser: el problema es de forma de vida, no sólo de creencias.

Por ello, *la clave evangelizadora está en que la Iglesia seamos capaces de proponer un proyecto de realización humana -Jesucristo- que responda al hombre y la mujer de hoy y que seamos capaces de acompañarlo en su construcción y en su desarrollo.*

3°.- Para colaborar a construir esta respuesta evangelizadora, *la HOAC hemos de responder al reto de hacer visibles realizaciones prácticas de esa nueva manera de ser y vivir en el seno del mundo obrero.* Esto nos pide crecer en la triple comunión y realizar cambios en nosotros. Nos pide *conversión personal y comunitaria.* Cambios orientados a que cuando las personas entren en contacto con nosotros vean que vivimos de otra manera y que somos de otra manera, y que perciban que ellos también pueden ser así. Y también a plantearnos de forma comunitaria como podemos superar las dificultades que el sistema social y la cultura dominante nos plantean para poder vivir nuestra responsabilidad social, política y eclesial, y para realizar así nuestra humanidad. Por eso, *es un reto fundamental para nosotros generar y construir una manera de sentir, pensar y actuar que sea visible y que constituye el nuevo modo de ser y vivir que ofrecemos a los demás.* Para ello hemos de definir comunitariamente los contenidos de esa manera de sentir, pensar y actuar, y los caminos para construirla y hacerla visible a los demás, así como la manera de estar permanentemente en actitud de acogida y promoción de cuanto de humanizador y liberador hay en la realidad.

En este mismo sentido, la HOAC hemos de afrontar el reto de la Iniciación como un camino muy importante para compartir con otros esta manera de sentir, pensar y actuar.

4°.- Pero esa manera de sentir, pensar y actuar se expresa en una forma de hacer en la realidad del mundo obrero y, a la vez, sólo puede construirse en ese hacer desde la comunión con los empobrecidos del mundo obrero y con toda la creación. Por eso, en la actual situación, *la HOAC hemos de dar especial importancia al reto que representa responder a cinco necesidades de la vida social y particularmente de nuestro mundo obrero:*

- a) La necesidad de combatir y denunciar la normalidad con que se viven en nuestra sociedad las situaciones de injusticia, explotación y empobrecimiento que se dan en el mundo obrero y del trabajo. Es fundamental colaborar a dar visibilidad social a lo que está ocurriendo en el mundo obrero, a sus causas y consecuencias para las personas y para la vida social, combatiendo así la resignación ante la creencia de que son situaciones inamovibles y colaborando a recuperar la esperanza de que otra forma de vida y de organización social son posibles.

- b) La necesidad de colaborar a recuperar la perspectiva de la lucha por la justicia debida a los empobrecidos como elemento esencial para poder construir relaciones sociales humanas, incluyendo como un elemento fundamental de la justicia la necesidad de construir un mundo ecológicamente habitable y sostenible.
- c) La necesidad de colaborar a construir una nueva cultura política y a vivir la acción política como instrumento fundamental para construir justicia en las relaciones sociales y para la propia realización de nuestra humanidad.
- d) La necesidad de colaborar a recuperar el sentido comunitario de la lucha por la justicia y el valor y sentido de las organizaciones sociales para combatir el empobrecimiento y la deshumanización.
- e) La necesidad de colaborar a recuperar socialmente la conciencia de la importancia decisiva que tiene la forma de entender en qué consiste la realización de nuestra humanidad, qué es ser persona.

5°.- Para hacer posible lo anterior tenemos *el reto de desarrollar y profundizar la dinámica del Quehacer Apostólico Comunitario y del Proyecto Evangelizador, así como los Sectores como un instrumento a su servicio*, de modo que esta dinámica sea:

- a) Camino de encarnación en la realidad de los empobrecidos del mundo obrero, para denunciar la injusticia que padecen y para construir nuestra existencia desde la forma de sentir, pensar y actuar que queremos vivir.
- b) Camino para compartir con otras personas nuestro trabajo y nuestra vida. Medio fundamental que pueden tener otras personas de ver la forma de sentir, pensar y actuar que les propone la HOAC.
- c) Instrumento de concienciación y participación para afrontar las situaciones de empobrecimiento y deshumanización que sufre el mundo obrero y del trabajo. Y especialmente para que las personas que sufren estas situaciones puedan participar en la dinámica del Quehacer Apostólico Comunitario de la HOAC.
- d) Instrumento para promover nuestra participación en las organizaciones del mundo obrero y del trabajo, así como para colaborar a que centren su acción en la lucha contra el empobrecimiento y deshumanización que padece el mundo obrero y del trabajo.

Es especialmente importante que crezcamos en *desarrollar la dinámica del Quehacer Apostólico Comunitario y del Proyecto Evangelizador como una manera privilegiada de vivir, expresar, mostrar y compartir con otros lo que significa vivir desde la comunión en el amor y la libertad* en el seno del mundo obrero y del trabajo.

Consideramos que en la dinámica del Quehacer Apostólico Comunitario y el Proyecto Evangelizador hemos de tener también en cuenta otras dos cosas:

- a) Hemos de procurar no compartimentar nuestra vida militante y nuestro trabajo comunitario. Nuestro Quehacer Apostólico Comunitario es sólo uno, aunque se diversifique en varias situaciones del mundo obrero. De manera que todos los problemas de empobrecimiento y deshumanización que afectan al mundo obrero y del trabajo, o cualquiera de los aspectos de esas cinco situaciones, deben ser preocupación de toda la HOAC y de todos los militantes, aunque cada uno centremos especialmente nuestra acción en una de ellas.
- b) Hemos de avanzar en conocer, valorar, acoger y promover las iniciativas de otras realidades sociales y eclesiales que igualmente intentan responder a las situaciones de empobrecimiento y deshumanización que padece el mundo obrero y del trabajo.

6°.- En el contexto de la dinámica del Quehacer Apostólico Comunitario, tenemos también *el reto de convertir nuestra tarea de difusión y nuestros medios de difusión en un instrumento adecuado para colaborar a hacer visibles socialmente los problemas de empobrecimiento y deshumanización que padece el mundo obrero, y para narrar y hacer visible la forma de sentir, pensar y actuar que queremos vivir y extender en el mundo obrero.* Convirtiéndola también así en un instrumento mejor para la propia dinámica del Quehacer Apostólico Comunitario. Esto es especialmente importante si tenemos en cuenta el gran poder de configuración de la realidad que hoy tienen los medios de comunicación social.

7°.- De la misma manera, todo lo que venimos diciendo representa para la HOAC *el reto de que nuestro funcionamiento organizativo posibilite mejor la respuesta evangelizadora que hemos de dar en la actual situación del mundo obrero, teniendo en cuenta también la situación de los militantes de la HOAC. Para ello hemos de reflexionar sobre nuestra estructura y funcionamiento organizativo para poner en el centro la respuesta evangelizadora que hoy hemos de dar.* Hemos de buscar las formas más adecuadas para que todo lo que hagamos en la HOAC esté al servicio de esa forma de sentir, pensar y actuar que queremos vivir y proponer en el mundo obrero. Y también para afrontar de forma más comunitaria y menos individual las dificultades para participar plenamente en la vida comunitaria de la HOAC que nos plantean las formas de vida y la manera de entender la vida que extiende como normales el sistema social y cultural.

8°.- Finalmente, la misma situación de nuestra Iglesia supone para la HOAC, además de lo señalado en los puntos anteriores, *el reto de colaborar a promover, desde nuestro trabajo con la Acción Católica y la Pastoral Obrera, el protagonismo de los seglares y el diálogo con la sociedad y en el seno de la Iglesia,* especialmente en el sentido de:

- a) Crecer en compartir (con nuestras propuestas, compromiso, forma de vida...) nuestra experiencia y visión de lo que está ocurriendo en el mundo obrero y del

trabajo, ayudar a reflexionar sobre su importancia y sus implicaciones pastorales (que reclaman la extensión de la Pastoral Obrera), y promover una mayor cercanía a las víctimas del empobrecimiento y la deshumanización, así como la lucha por la justicia.

- b) Ayudar a reflexionar sobre la importancia que tiene la forma en que se genera la cultura en nuestra sociedad y sus implicaciones pastorales, prestando especial atención a las formas de vida.
- c) Colaborar a recuperar una actitud de diálogo positivo con nuestra sociedad desde el espíritu de diálogo con el mundo del Concilio Vaticano II. En este sentido es fundamental reflexionar sobre la influencia de la cultura dominante al interior de nuestra Iglesia, la relación entre fe y cultura, y sobre cómo hacer hoy presentes nuestras propuestas en la vida social desde un reconocimiento positivo de la laicidad como un proyecto de convivencia en común desde la diversidad.
- d) Ayudar a tomar conciencia de la importancia pastoral de la Doctrina Social de la Iglesia y de la necesidad de difundirla y tenerla muy presente en los planteamientos pastorales concretos.
- e) Colaborar a que avance la corresponsabilidad y el protagonismo de los seglares en la vida de nuestra Iglesia, con particular atención a superar la situación de subordinación que padece la mujer, promoviendo espacios de diálogo y corresponsabilidad, y la vivencia del espíritu de comunión eclesial planteado por el Concilio Vaticano II.
- f) Colaborar a generar un dinamismo misionero de nuestras parroquias y a la formación de un laicado adulto, aportando los instrumentos que tenemos en ese sentido.